

HOMILÍA FIESTA DEL BAUTISMO DE JESÚS – 2014.

CICLO “A”

1.- Las Lecturas

*** Profeta Isaías 42,1-4. 6-7.** Mirad a mi Siervo a quien yo sostengo, en quien me complazco y a quien prefiero. He puesto sobre él mi espíritu. Promoverá el derecho y la justicia, curará y librá. Contemplemos al Servidor de Dios y procuremos seguirlo e imitarlo en nuestra vida.

*** Salmo Responsorial 28.** El Señor bendice a su pueblo con la paz. Abramos nuestro corazón para recibir esta paz que nos pacifique y nos haga fuertes para construir la paz y la concordia en nuestras familias, en la sociedad, y de modo especial en los pueblos que viven en guerras...

*** Hechos de los Apóstoles 10,34-38.** Jesús, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, pasó por este mundo haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo. Nosotros hemos recibido también el Espíritu que nos mueve a construir un mundo pacífico, fraterno y justo”.

*** Evangelio según San Lucas 3,15-16. 21-22.** Jesús fue bautizado por Juan. Mientras oraba, se abrió el cielo y bajó el Espíritu sobre él y vino una voz del cielo: “Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco”. Jesús fue investido como Mesías ante el pueblo y proclamado “Hijo de Dios”

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- El misterio de Jesús.

En las lecturas de este domingo vamos descubriendo la identidad de Jesús; vamos sabiendo quién es Jesús, que vivió y trabajó en una aldea sencilla y humilde, pobre y desconocida, llamada Nazaret.

Jesús es el Hijo de Dios proclamado por la voz del cielo. Esta es nuestra fe que profesamos y que nos gozamos en transmitir a las generaciones presentes y venideras. Lo hemos contemplado y adorado así en la Navidad de la mano de San Juan: “La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”.

Jesús es el siervo de Dios anunciado por el profeta Isaías. En Jesús se cumple la profecía de Isaías. Como siervo de Dios, realiza la obra de Dios: liberar y salvar al hombre. Esta obra se despliega y se concreta en estas acciones liberadoras y salvadoras del ser humano, tan necesarias hoy como en otros tiempos:

- promoverá el derecho en la tierra
- fomentará la justicia en el mundo
- curará las heridas del alma y del cuerpo del ser humano
- liberará al ser humano de lo que lo oprime y esclaviza

Cristo “Cordero inocente, con la entrega libérrima de su sangre nos mereció la vida. En Él Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado, por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol: El Hijo de Dios “me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal.2,20). Padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además, abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido” (GS 22).

2.2.- La Iglesia prolonga la obra del Mesías

La Iglesia ha de continuar esta obra liberadora y salvadora de Jesucristo, ya que es “prolongación sacramental de Cristo” y “sacramento universal de salvación”. En este sentido, la Iglesia ha de comprometerse en realizar estas tareas en sintonía con las del Mesías:

- * Promover y defender los derechos humanos de las personas, de los pueblos, de las minorías. Nos preocupa y ocupa lo que afirma el Concilio Vaticano II: “en verdad, es lamentable que los derechos fundamentales de la persona no estén todavía protegidos en la forma debida por todas partes” (GS 29). Uno de los derechos humanos es el derecho a la vida que debe ser respetada y protegida desde el momento de la concepción en el seno de la madre, durante su desarrollo hasta el fin natural de la misma.

- * Fomentar y respetar la justicia en las relaciones humanas. Prefiramos ser pobres antes que tener el corazón, las manos, los ojos... manchados por inmoralidades, injusticias, mentiras... El Papa Francisco afirma: “Si bien «el orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política», la Iglesia «no puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia». Todos los cristianos, también los Pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor” (“Evangelii Gaudium”, 183).

- * Curar las heridas del alma y del cuerpo. Muchos seres humanos sufren a causa de las heridas que la guerra, el hambre, las enfermedades les han causado. En este año nuevo procuremos no herir a nadie ni con la palabra, ni con los gestos, ni con las obras; comprometámonos más bien en hacer que desaparezcan para siempre de la tierra la violencia y la miseria que producen tanto sufrimiento. El insulto, la descalificación, la calumnia...no hacen bien a nadie.

Seamos la Iglesia samaritana que cura las heridas de los hombres, vertiendo sobre ellas el bálsamo de la caridad, de la acogida, de la compasión, de la misericordia...

Seamos la Iglesia inclinada con misericordia ante los enfermos, los empobrecidos para aliviar sus dolores...

- * Librar al hombre y a la mujer de todo lo que los oprime: el pecado, la iniquidad, la mentira, la injusticia...

Seamos la Iglesia profética que denuncia el pecado y el mal. “El *kerygma* tiene un contenido ineludiblemente social: en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros. El contenido del primer anuncio tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad” (Papa Francisco, “*Evangelii Gaudium*”, 177)

2.3.- Como miembros de la Iglesia, participamos en la vida y misión de la Iglesia.

Por el sacramento del Bautismo hemos sido injertados en el misterio de la muerte y de la resurrección de Cristo y hemos sido hechos miembros de la Iglesia. En este día reavivemos nuestro bautismo, renovemos nuestras promesas bautismales, recemos la oración del Padrenuestro con la ayuda del Espíritu Santo y reafirmemos nuestra fe....

Recordemos y meditemos estas palabras del Concilio Vaticano II: “los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y la unción del Espíritu Santo, para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable” (LG 10).

Allí donde estemos, vivamos y trabajemos...hagamos realidad la obra de Jesucristo Mesías, Señor e Hijo de Dios que Él ha confiado a la Iglesia y, por tanto, a cada uno de nosotros, como miembros de la Iglesia y corresponsables de su vida y misión en el mundo....

El Papa Francisco nos dice: “Si la Iglesia entera asume este dinamismo misionero, debe llegar a todos, sin excepciones. Pero ¿a quiénes debería privilegiar? Hoy y siempre, «los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio», y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos” (*Evangelii Gaudium*, 48).

En los acontecimientos pequeños y en los grandes, hemos de elegir y optar por el derecho y la justicia, la paz y la vida, el respeto y la solidaridad. “Resulta escandaloso el hecho de las excesivas desigualdades económicas y sociales que se dan entre los miembros o los pueblos de una misma familia humana. Son contrarias a la justicia social, a la equidad, a la dignidad de la persona humana y a la paz social e internacional” (GS 29).

Como tantas veces decimos: “otro mundo es posible” y, con la ayuda del Señor y la colaboración fraterna y desinteresada de todos, lo podemos construir y edificar. Que nadie se sienta excluido o marginado en la realización de esta obra tan necesaria para todos.

En el trato con los demás nunca hagamos sufrir a nadie, ni marginemos ni excluyamos a ninguno ser humano... Recordemos estas enseñanzas del Concilio Vaticano II: “toda forma de discriminación en los derechos fundamentales de la persona, ya sea social o cultural, por motivos

de sexo, raza, color, condición social, lengua o religión, debe ser vencida y eliminada, por ser contraria al plan divino” (GS 29).

Prosigamos celebrando la Eucaristía

“De la liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente, y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin” (SC 10).

Terminamos. Unidos en la plegaria

Cáceres, 7 de enero de 2014

Florentino Muñoz Muñoz